

EL PROBLEMA DEL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO. PERSPECTIVAS Y DIMENSIONES FILOSÓFICAS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio Millán Puelles *

Permítanme que comience con unas breves y elementales puntualizaciones exclusivamente referidas al subtítulo de este trabajo. Entiendo por perspectivas y dimensiones filosóficas las pertinentes, en cada uno de los casos, a una visión global o de conjunto, a la vez que fundamental y radical (en la intención, al menos), del asunto que se examina. Aquí el asunto que nos va a ocupar no lo es, pura y simplemente, el envejecimiento demográfico, sino el problema que éste nos plantea. Y se trata, sin duda, de un problema sumamente complejo, por cuanto en él se entrelazan muy diversos factores y aspectos particulares.

Lógicamente, una visión sinóptica, global, de este difícil problema no se podría conseguir con una mera yuxtaposición de esos factores y aspectos particulares mutuamente complementarios. Los árboles no nos dejarían ver el bosque. Pero no es menos cierto que sin tenerlos en cuenta, siquiera sea limitándonos a los más relevantes, el problema carecería de sentido, o no quedaría planteado de una manera cabal.

APROXIMACIÓN AL PLANTEAMIENTO FILOSÓFICO

A modo de un primer paso hacia el cabal planteamiento del problema

* Sesión del día 12 de enero de 1999.

en el nivel filosófico, me parece muy adecuada la consideración de la siguiente pregunta de Jean Claude Chesnais sobre el alcance del envejecimiento de la población:

«¿Acaso puede alguien pensar que el fenómeno del envejecimiento, resultante de la baja natalidad, va a afectar sólo a las inevitables dificultades de financiación de los gastos derivados de las jubilaciones y de la sanidad, sin repercutir en la influencia, y en la ética misma, de Europa?» (cfr. *Les enjeux de l'Europe*, núm. 3, invierno 1990, página 100).

He aquí una pregunta –con «respuesta pagada»– donde a la vez está *incluida y rebasada* la dimensión económica del problema del envejecimiento demográfico o, más exactamente, su aspecto macroeconómico, no en todos los pormenores, sino en los que atañen a las dificultades principales, que desde luego son los de los gastos ocasionados, sobre todo, por las jubilaciones y la sanidad.

Ciertamente, si hemos de atenernos al testimonio de los economistas, son esas las más relevantes de las dificultades macroeconómicas en cuestión, y ello justifica bien su explícita inclusión en la fórmula empleada por Chesnais para referirse al alcance de las repercusiones del envejecimiento demográfico. Pero precisamente porque esa inclusión va acompañada de un efectivo rebasamiento, la fórmula que examinamos es una aproximación muy valiosa, aunque no más que una aproximación, al planteamiento filosófico del problema.

Y otro tanto puede también decirse acerca de las repercusiones en «la influencia, y en la ética misma, de Europa», si bien debe tenerse en cuenta que la fórmula de Chesnais las incluye, pero no las trasciende, lo cual, evidentemente, las distingue, en esa misma fórmula, de las consecuencias en el aspecto económico del problema, indudablemente trascendidas. Justo por no ir más allá de las repercusiones en la influencia, y en la ética misma, de Europa, la fórmula cuyo análisis hacemos sigue siendo tan sólo una aproximación –aunque, en cuanto tal, muy útil– al planteamiento filosófico del problema. Porque, en su sentido filosófico, el problema del envejecimiento de la población no puede quedarse dentro de los límites propios del influjo de Europa, ni tan siquiera dentro de los concernientes a la propia ética europea.

Tanto el influjo de Europa en sus vertientes no éticas cuanto el de la ética europea –un concepto más analógico que unívoco– pueden quedar afectados por el envejecimiento demográfico europeo y no, por cierto, sin un serio quebranto para todos los valores culturales de las demás zonas del planeta. Con todo, las perspectivas y dimensiones filosóficas del problema del envejecimiento de la población no son primordialmente europeas, ni exclusivamente éticas, por la sencilla razón

de que «europeo» y «filosófico» no son sinónimos, como tampoco lo son «filosófico» y «ético».

En lo referente a la superación del horizonte geográfico y cultural de la fórmula de Chesnais, los datos de carácter demográfico que en el presente estudio he atendido son los suministrados por el informe *Revisión 1988 of the World Population. Estimatives and Projections*, publicado por la División de Población, Departamento de Economía y Asuntos Sociales de la Organización Mundial de las Naciones Unidas. Y en lo tocante a la necesidad de rebasar el tratamiento simplemente ético –conservando en todo su vigor la función central y radical que en este asunto, como en tantos otros, le conviene–, debo decir que aquí trato siempre de enlazarlo con la antropología filosófica de carácter más general y sistemático, i.e. la de inspiración aristotélica, donde el hombre es pensado como unidad sustancial de cuerpo y alma o, equivalentemente, de materia y espíritu. De ningún envejecimiento tiene sentido hablar, en calidad de hecho humano, como algo que afecte sólo al cuerpo o que se dé únicamente en el espíritu. Todo envejecimiento humano –también, por tanto, el de la población– es somático y psíquico a la vez en su propia raíz, aunque en el conjunto de las manifestaciones pueda predominar uno u otro de esos aspectos constitutivos.

En resolución, la principal utilidad del erotema de Chesnais consiste en que en él se inicia una clara superación del planteamiento unilateral que del problema del envejecimiento demográfico se hace al examinarlo únicamente desde el punto de vista de su dimensión macroeconómica, cuya importancia es, por lo demás, bien evidente. (Por supuesto, ese planteamiento unilateral –como cualquier otro unilateral también– es lícito si no tiene la pretensión de ser «el único lícito»).

ANÁLISIS LÓGICO DEL CONCEPTO DEL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO

El tratamiento filosófico del problema que el envejecimiento de la población suscita es también, a su modo, una cuestión de análisis lógico. Hablo aquí de análisis lógico en su más ancho sentido, irreductible al que tiene en la filosofía que se califica a sí misma de analítica. Se trata, por consiguiente de examinar el concepto en cuestión sin otras intenciones que la de establecer con exactitud su contenido en tanto que es un problema. (Las respuestas al desafío que este problema nos hace quedan, por el momento, fuera de consideración.)

Antes de entrar en el análisis, es oportuno hacer constar las descripciones

más o menos habituales, aunque sólo las más sucintas, de lo que se llama envejecimiento demográfico. Son las siguientes:

a) situación en la cual el número de los ancianos supera al de los niños (descripción *situacional*, sin determinaciones cuantitativas fijas);

b) estado de progresión creciente del número de los ancianos (descripción *tendencial*);

c) ensanchamiento del vértice de la pirámide de población (correlativamente al estrechamiento de la base y en equivalencia a la descripción a);

d) el estado de la población cuando el número de niños por mujer es inferior a 2,1; es decir, insuficiente para reponer la población (descripción *situacional*, que asimismo puede ser *tendencial*, con una determinación cuantitativa fija en su extremo inferior).

La última de estas cuatro descripciones es indirecta respecto del envejecimiento demográfico, por ser directa respecto de la baja fertilidad entendida como fertilidad que está por debajo de la necesaria para reponer la población (*below-replacement-fertility*).

Acerca de la descripción c, debo confesar mi personal ingenuidad al no poder entender, en un primer momento, la idea del ensanchamiento del vértice de la pirámide de población. ¿Cómo podría ensancharse un vértice si tan sólo es un punto? La solución de la dificultad me la dio el Diccionario de la Real Academia Española, con una acepción en la que el «vértice» aparece ensanchado por no significar un simple punto, sino toda una «cumbre» (más o menos ancha). Claro está que entonces será menester pensar en una pirámide truncada. En cualquier caso, debe tratarse de una noción muy metafórica y escasamente geométrica y figurativa.

A partir de las descripciones consignadas, podemos ya pasar al análisis lógico de la noción del envejecimiento demográfico. *En primer lugar*, lo que en virtud de este análisis llega a hacerse visible es que el concepto sobre el cual se ejerce es objetualmente relativo. Con ello quiero decir que su contenido u objeto se encuentra determinado por una relación o proporción, no por algo absoluto en el sentido de resultar inteligible sin ningún modo de comparación o referencia. A esa relación o proporción, objetualmente determinativa del concepto de envejecimiento demográfico, podemos considerarla como una desproporción, no, claro está,

como falta o carencia de todo tipo de relación real, sino como falta o carencia de la proporción debida, necesaria, para evitar los posibles malos efectos de la baja natalidad.

Así pues, la relación intrínsecamente dada en el concepto del envejecimiento demográfico tiene su término *ad quem* en el extremo polarmente opuesto a los ancianos, es decir, en los niños como futuros sujetos de actividades laboralmente productivas. Cuanto menor sea el número de estos futuros agentes de la producción laboral, tanto mayor será el correlativo envejecimiento de la población, aun en el caso de no existir ningún aumento en el número de los ancianos ni en la duración media de la vida del hombre.

En segundo lugar, el análisis lógico del concepto de envejecimiento demográfico hace patente que este concepto es implicativamente dinámico, procesual, no estático, incluso en la hipótesis de que, una vez alcanzadas, permanezcan fijas las determinaciones cuantitativas que permiten hablar de semejante envejecimiento. Ello se debe a la imposibilidad de un envejecimiento que (sea cualquiera su especie) no suponga algún devenir, un cierto tránsito, desde una previa situación distinta de él. Por cuanto implica un cambio de situación, se trata de «senescencia», no, estáticamente, de «senectud». Por ello no se hace ningún uso de una expresión como «vejez demográfica» (donde «vejez» está por «senectud»), mientras que se habla, en cambio, de envejecimiento demográfico (donde «envejecimiento» es equivalente a «senescencia»), sin que al usar esta fórmula se tenga en modo alguno la impresión de estar diciendo algo raro o extravagante.

En tercer lugar, el análisis lógico de la idea de envejecimiento demográfico pone de manifiesto que esta idea es un concepto objetualmente moral, no de pura y simple biología en su raíz. Por supuesto, todo envejecimiento, el demográfico también, tiene una dimensión biológica y, en el caso que examinamos ahora, esa dimensión concierne evidentemente a la biología humana, tanto en su coincidencia genérica con la de los otros animales, sobre todo los superiores, cuanto en su divergencia específica respecto de la de todos ellos. Pero el aspecto meramente biológico o, si se prefiere, zoológico, para hablar más en concreto, no puede anular la índole opcionalmente libre, ni tampoco, por ende, el carácter ético, en tanto que presupone un descenso, libremente querido y procurado, de la natalidad.

«La biología de la fecundidad del varón y de la mujer sigue siendo —explica G. F. Dumont— algo permanente. Es la misma que conocieron el hombre de la revolución neolítica y sus antecesores, los predadores» (cfr. *El festín de Cronos*, págs. 120-121, Edic. Rialp, Madrid, 1995).

El hecho del envejecimiento de la población tiene un carácter moral en su raíz, a saber, el que con signo negativo afecta a la conducta, libremente decidida, encaminada a impedir la concepción de nuevos seres humanos o el nacimiento de ellos. Esa conducta es voluntaria *in se*, no como fin, sino como medio. En cambio, su consecuencia demográfica no es voluntaria *in se*, ni como medio ni como fin, pero sería voluntaria *in causa* en todas las ocasiones en que estuviese prevista, siquiera sea oscuramente, como un efecto del comportamiento respectivo, por más que entonces ese mismo efecto resultase, en buena lógica, imputable sólo parcialmente a cada uno de los individuos humanos que hubiesen contribuido a él (sin que por ello quede atenuada la gravedad moral de la aportación). La «parcialidad» de la manera en que el efecto demográfico es atribuible a quienes a él contribuyen se reduce, sencillamente, al hecho de que todo lo demográfico es social y no individual, aunque, obviamente, presupone la existencia de seres individuales que intervienen en él y que por él son, a su vez, afectados.

APÉNDICE AL ANÁLISIS LÓGICO

El análisis que acabo de efectuar puede completarse todavía con el examen de la diferencia entre el «problema demográfico», que Malthus y los neomalthusianos plantean, y el «problema del envejecimiento demográfico», posterior, aunque no enteramente separable o independiente de aquél.

Lo que, en virtud del pensamiento de Malthus, se ha venido conociendo como el problema demográfico es la natural consecuencia de la célebre tesis del pensador inglés según la cual el aumento de la población humana tiene lugar en proporción geométrica, mientras que es sólo aritmética la progresión del aumento de los recursos alimenticios humanos. El error esencial de la tesis de Malthus estriba en su apriorismo, que como tal no deja lugar alguno para la posibilidad de la aparición y aplicación de nuevos recursos técnicos (tal como han sido probados por una efectiva experiencia y que, a su vez, permiten esperar otras innovaciones lógicamente presumibles en función de los avances científicos que, de hecho, van produciéndose en los ámbitos más relacionados con las cuestiones de la alimentación).

Los remedios propuestos por Malthus para solucionar el problema que él denuncia se mantienen dentro del marco de lo moralmente admisible. Son, en sustancia, dos: el celibato voluntario y el aplazamiento del matrimonio. Bien es verdad que el segundo de estos remedios no siempre es moralmente aconsejable, pero *in abstracto* no puede ser tachado de inmoral. Por el contrario, el pensamiento de los

neomalthusianos, aunque corrige algunos de los apriorismos de Malthus, está sobrecargado de hedonismo y, en el mejor de los casos, no da convincentes muestras de una efectiva sensibilidad moral, con lo cual se anticipa a la marginación, tan extendida actualmente, de las exigencias que esa misma sensibilidad lleva consigo en la práctica de las relaciones sexuales.

Entre lo que fue el *problema demográfico* y lo que es hoy el *problema del envejecimiento demográfico* la diferencia más clara está en que el segundo de ellos no supone ningún aumento de la población total, sino la creciente elevación del número de los ancianos y de su esperanza de vida; ni tampoco se basa en una presunta insuficiencia, continuamente agravada, de los recursos alimenticios del hombre, sino en la incesante baja de la natalidad y, por lo mismo, en la disminución progresiva de los futuros sujetos laboralmente activos.

Con todo, hay algo común a ambos problemas: la idea de una grave insuficiencia creciente, que en el primero atañe a los recursos para la alimentación humana y en el segundo afecta a la cantidad de los futuros sujetos calificables de laboralmente productivos. Y a ello debe añadirse que el segundo de los problemas no es por completo independiente del primero, porque, al menos en parte, ha tenido su origen en la convicción, propalada por Malthus y sus seguidores, de la imperiosa necesidad de una drástica reducción de la natalidad humana. Frente al error en que esa «imperiosa necesidad» se basa, he aquí unos datos:

•Colin Clark, antiguo director del Instituto de Economía Agrícola de la Universidad de Oxford, clasificó los tipos de tierra mundial por su capacidad de crear alimentos y encontró que, si todos los granjeros del mundo usasen los mejores métodos posibles, podría levantarse la producción de alimentos para proporcionar una dieta del tipo americano para 35.100 millones de personas, más de siete veces la actual población. Como la dieta americana es muy rica, Clark consideró que sería posible alimentar una cifra triple de aquélla, o más de 22 veces la población existente actual, a un estándar japonés de consumo de alimentos. La estimación de Clark supone que casi la mitad de la tierra permanecería en áreas de conservación, para recreo y conservación de la fauna» (tomo estas manifestaciones del libro de J. Kasun, *La guerra contra la población*, Ed. Arias Montano, Madrid, 1993, pág. 35). Para los datos cuantitativos aducidos, téngase en cuenta la fecha del informe de Colin Clark, *Population Growth: The Advantages*, Santa Ana, R. I. Sassone, 1972. En fechas ulteriores, las cantidades serían más desfavorables a las tesis de los neomalthusianos.

•El biólogo Francis P. Felice ha mostrado que toda la gente del mundo podría caber dentro del Estado de Texas, formando una ciudad gigante con una densidad de población menor que la de muchas ciudades existentes, y dejar vacío el resto del mundo. Cada hombre, mujer y niño en la población mundial de 1984 podría tener en dicha ciudad más de 1.500 pies cuadrados de espacio de tierra (el valor medio en los Estados Unidos oscila

entre 1.400 y 1.800 pies cuadrados). Si una tercera parte de esta ciudad se dedicara a parques y otra tercera parte a industria, cada familia ocuparía una vivienda individual del tamaño U.S. medio (Datos también tomados de la antes citada obra de J. Kasun, pág. 38).

LA RAZÓN DEL SIGNO NEGATIVO DEL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO

¿Por qué el envejecimiento demográfico es realmente un problema en la acepción según la cual se habla de los problemas como algo afectado por un cierto signo negativo, es decir, por algún perjuicio o disconveniencia?

En sí mismo, el aumento de la esperanza de vida, concurrente con el de la cantidad de los ancianos, no está afectado por ninguna clase de signo de índole negativa; antes bien, el signo que de suyo le conviene es indudablemente positivo, tal como puede entenderse de una manera inmediata al compararlo con la disminución de esa misma esperanza. Y, sin embargo, ¿no tiene la vejez, en cuanto tal, un indeleble signo negativo? La cuestión aparece ya discutida en las primeras páginas del que quizá es el más célebre de todos los escritos de Platón, *La República*. Merece la pena que nos detengamos en la Introducción de esta monumental obra política.

Sócrates encuentra muy envejecido a Céfalo, padre de Polemarco, que le ha invitado a pasar un rato en su casa. Céfalo confiesa a Sócrates que, conforme ha ido envejeciendo, su aprecio por los placeres sensoriales se ha agostado, mientras que cada vez se le ha hecho mayor el interés que siente por los placeres de la conversación. No es ese el caso, reconoce Céfalo, de la mayoría de sus amigos ya entrados en la vejez, los cuales se lamentan de la pérdida de los placeres sexuales, en los que ven el sumo bien del hombre. Frente a la opinión de esa mayoría, Céfalo comparte el sentir de quienes ven en la extinción de la violencia pasional de la juventud una liberación de la peor tiranía y, juntamente con ello, un poderoso guardián del sosiego y la paz del ánimo. —Pero la mayoría de los ancianos que te oyen, observa Sócrates, creen que tú soportas bien la vejez porque eres dueño de una gran fortuna, ya que, según se dice, las riquezas traen grandes consuelos. —La respuesta de Céfalo es que quienes opinan de ese modo tienen algo de razón, pero no tanta como ellos se imaginan, pues las riquezas no les endulzan el humor a los hombres insensatos.

Tomadas en su conjunto, las ideas que acerca de la vejez pone Platón en la boca de Céfalo pueden resumirse en estos tres puntos: 1.º) la situación económica del anciano es necesaria, pero no suficiente, para determinar la respectiva actitud ante la vejez; 2.º) en resolución, esa actitud es esencialmente íntima, personal,

no de grupo o cohorte; 3.º) el tratamiento platónico de la vejez no incluye de una manera temática la dimensión social, y más en concreto la inter-generacional, de la vida de los ancianos. Por consiguiente, a la vista de estos tres puntos, la pregunta de si es negativo o positivo el signo con el que la vejez, según Platón, está marcada debe ser respondida diciendo que ni lo uno ni lo otro en lo tocante a la vejez en general, y que, por ende, ésta no es problemática en sí misma, de suyo, aunque lo pueda ser, y de hecho lo sea, en no pocos casos por efecto de unas desfavorables circunstancias.

La carencia, antes señalada, de la dimensión social, y especialmente inter-generacional, en el tratamiento que de la vejez hace Platón no se da fuera de él en la Antigüedad clásica, ni en la Edad Media tampoco, ante todo en el ámbito de la praxis política (me refiero muy en concreto a la indoeuropea, pero no a ella de una manera exclusiva). Así lo prueban instituciones tales como el Consejo de Ancianos, o la Gerusía de Esparta y al Senado Romano, con atribuciones de muy grave responsabilidad y largo alcance (*v. gr.*, las finanzas y la política exterior). Todo ello nos interesa aquí por el carácter intergeneracional del servicio que unas personas relevantes y de edad avanzada prestan institucionalmente a las demás, que en su mayor parte pertenecen a otras generaciones.

Mas también en el ámbito de la teoría política, no sólo en el de la praxis, puede advertirse, descartado el pensamiento de Platón, el carácter intergeneracional, y el signo indudablemente positivo, de la concepción aristotélica de la prudencia, en tanto que esta virtud, según la entiende el Filósofo, incluye entre sus partes integrantes la experiencia vital lograda con el transcurso de los años, la cual no sólo aprovecha a quien la tiene, sino también a quien de él la recibe y que más necesitado está de ella por ser más corta su edad.

La cuestión del por qué tiene un signo negativo el envejecimiento demográfico no se confunde con la de si el valor de la vejez es de índole negativa o positiva, pero la segunda cuestión repercute a su modo en la primera, y a ello se deben las consideraciones aquí hechas acerca del pensamiento de Platón y las subsiguientes. Por el mismo motivo se puede también justificar el examen de las razones que algunos psicólogos contemporáneos aducen para atribuir un signo negativo a la vejez. Tales razones son más bien pseudo-razones, habida cuenta de que se refieren a la vejez en general y, en cuanto tal, no a la determinada forma de vivirla que unos ancianos padecen y de la cual otros, en cambio, están libres.

Esos psicólogos atribuyen a todos los ancianos, no más que por el puro y simple hecho de su misma vejez, una situación psíquica fundamentalmente domi-

nada por el egoísmo y por el sentimiento de una irreprimible soledad. Lo arbitrario de este modo de concebir el carácter general de los ancianos es enteramente equiparable al abuso en que incurren quienes piensan que el egoísmo y la irreprimible soledad constituyen los rasgos fundamentales de la psicología juvenil.

A estos efectos me viene ahora a la memoria el título de una de las más conocidas novelas de Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*. Difícilmente podré olvidar el repentino escalofrío que sentí al leer la frase inicial de la novela: «Érase una vez un viejo solo en su barca». Pero después el relato que así comienza, lejos de ser la crónica de los pesares y sinsabores de un viejo y solitario pescador, es la historia de la lealtad y la amistosa ayuda que el anciano recibe de un generoso muchacho, a las que aquél corresponde en la misma noble medida.

Ahora bien, si la razón del signo negativo del envejecimiento demográfico no es la propia vejez en sí y por sí, ni tampoco está en el solo aumento de la cantidad de los ancianos –con independencia, por tanto, del número de los miembros laboralmente activos (presentes y futuros) de la sociedad–, entonces será preciso que el porqué del signo negativo en cuestión se encuentre en que, dada la situación de ese envejecimiento, los ancianos no aporten nada al bienestar social, o que sea tan escasa su aportación a él que, en definitiva, sean sólo beneficiarios de lo que los otros miembros de la sociedad hacen por ellos.

Nos encontramos entonces con un *planteamiento intergeneracional*, para el cual la fórmula utilizada por S. Wisensale (Universidad de Connecticut) puede servirnos de esquema. «Contribuyen las personas de edad a la mejora de los niveles de vida, o sólo se benefician de esa mejora?» (cfr. S. Wisensale: «El envejecimiento de la población mundial: El inminente debate sobre la igualdad intergeneracional», en *Boletín sobre el Envejecimiento*, núms. 2 y 3, 1997, pág. 2).

EL ALCANCE DE LA PREGUNTA DE WISENSALE. EXAMEN DE CUATRO RESPUESTAS

Ante esa pregunta, que resume el planteamiento intergeneracional del problema del envejecimiento demográfico, cabe hacerse, a su vez, otra pregunta: ¿no tiene la fórmula de Wisensale un alcance radicalmente utilitarista y, por tanto, deficiente e incorrecto? La respuesta afirmativa a esta segunda pregunta se basaría en el hecho de que la expresión «nivel de vida» –como la de «calidad de vida» y alguna otra similar– tiene con gran frecuencia, punto menos que siempre, un alcance meramente utilitario, en el más bajo y material sentido de la palabra. Frente a ello, el Consejo Pontificio para los Laicos, en un documento que lleva por título

«Dignidad del anciano en la Iglesia y en el mundo», rechaza de una manera categórica todo *enfoque utilitarista* del valor de la ancianidad, sin dejar de apreciar la *utilidad* como uno de los valores, no el único ni el supremo, que es justo reconocer a los ancianos no impedidos físicamente. Y, por su parte, la orientación filosófica de Wisensale, nada sospechosa de reduccionismos materialistas o economicistas, obliga a eliminar toda interpretación peyorativamente utilitaria de su pensamiento acerca de si los ancianos contribuyen a la elevación de los niveles de vida o, por el contrario, se limitan a ser beneficiarios de ella.

Veamos ahora *cuatro* de las más serias respuestas a esa misma pregunta, no como respuestas dirigidas al profesor Wisensale, sino sólo como instaladas dentro del marco intergeneracional en el que éste pone la cuestión. Las tres primeras respuestas están hechas en forma de parábolas, pero su interpretación es bien sencilla.

1. En su novela *El plazo fijo* (*The fixed period*, 1882), Anthony Throlopp cuenta que en una isla imaginaria los habitantes que alcanzan los 67 años de edad son obligatoriamente internados en un colegio, denominado Necrópolis, donde han de dedicarse a hacer meditaciones pre-eutanásicas, tendentes a persuadirles de que su muerte viene justificada y exigida por la propia dignidad de ellos, al haberse convertido en una carga para los otros moradores de la isla. Una vez transcurrido el plazo fijo de un año, se procede a anestesiarlos con cloroformo y seguidamente a incinerarlos. Como quien dice: muerto el perro, se acabó la rabia.

Sin prueba de ningún género admite Throlopp, por una parte, la onerosidad de todos los ancianos para los que no lo son y, por otra parte, la incapacidad de todos aquellos para prestar algún servicio a éstos. A la gratuidad de ambas suposiciones debe sumarse el error de tener por indigna la situación de quienes no están en condiciones de poder ser útiles a los demás. Ciertamente, no se encuentran en esa situación todos los hombres que han cumplido los 67 años de edad, pero los que están en ella no pierden la dignidad específica de la persona humana, un valor esencialmente intrínseco a todos los hombres y que, como tal, debe ser respetado en cualquier circunstancia. (Santo Tomás y Kant, tan divergentes, según es bien sabido, en otros muchos puntos, coinciden en éste por completo).

2. Simone de Beauvoir relata en *Vieillesse* (1974) una elocuente parábola escenificada en una familia de campesinos donde el abuelo ha sido obligado a comer diariamente, sin los suyos, en un pesebre. Un buen día el nieto está manejando unos trozos de madera y, al verle en esta ocupación, su padre le pregunta: ¿que estás haciendo? El chico le responde: «Te estoy haciendo un pesebre para que comas en él cuando seas tan viejo como el abuelo.»

Seguramente se haría violencia a la parábola si se pensara que el muchacho quiso darle a su padre una lección. Y desde luego el relato es tanto más aleccionador cuanto menos intencionada –más simplemente espontánea– sea la respuesta del nieto en su claro paralelismo con el comportamiento de su padre. La fábula culmina con el retorno del abuelo a la mesa común de la familia. La «lección», aun no siendo realmente intencionada, fue efectivamente aprovechada.

La cuestión de si el anciano es, o no es, una carga –en este caso, para su propia familia– no se encuentra expresamente atendida en el relato de Simone de Beauvoir. Pero ello mismo es, en mi opinión, sumamente elocuente, porque lo interpreto en el sentido de que, aunque el abuelo llegue de hecho a ser una auténtica carga, la familia debe mantenerse unida a él, pues él mismo *no consiste* en una carga. Y quienes le abandonen o releguen merecerán ser abandonados «cuando sean tan viejos como el abuelo».

• ¿Venganza o simple justicia? En cualquier caso, Simone de Beauvoir no lo decide: y no obstante el ateísmo personal de la autora de *Vieillesse*, la moraleja de su fábula es una buena aplicación de la «regla de oro» establecida por Cristo: «Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros hacedlo también vosotros con ellos» (Mt. 7, 12).

3. Harry Moody, en su *Ethics in an Ageing Society* (1992), introduce una fábula a la que después contrapone la de Simone de Beauvoir. La fábula de Moody habla de un pájaro hembra que vuela en busca de comida, llevando en la espalda a una cría suya, a la cual le pregunta: «¿cuando seas vieja y débil como yo, me llevarás sobre tu espalda, como yo te llevo ahora?». La cría responde: «¡Oh, no, madre!, llevaré a mi propia cría, como ahora lo haces tú».

La enseñanza del apólogo de Moody, tal cual él mismo la expresa, es que correspondemos a la generosidad de nuestros predecesores siendo generosos con nuestros sucesores. Ahora bien, ¿es verdad que se corresponde así a lo que hicieron nuestros predecesores por nosotros? Moody deja abierta la cuestión. Mas es cosa bien clara que la respuesta de la cría del pájaro es injusta, porque no puede ser justo que, si dispone de los recursos precisos, A no preste su ayuda a un B que la necesita y que ayudó a A cuando éste, antes, la necesitó. Ciertamente, la carga puede ser entonces doble: por un lado, respecto de los predecesores y, por el otro lado, respecto de los sucesores; pero asimismo es cierto que responde objetivamente a una doble exigencia de la justicia.

4. Norman Daniels, perteneciente al círculo de J. Rawls, mantiene en varios escritos (cfr. *Justice between age groups*, 1983 y *The prudential life span account of justice across generations*, 1993) que la justicia en la distribución de los recursos sociales exige un trato desigual en las distintas edades del hombre. «Dado que nuestras necesidades cambian en las distintas etapas de nuestra vida, queremos instituciones que respondan a estos cambios». Este principio debe respetarse dentro del ideal de una sociedad en la que todos sean ayudados y todos ayuden, según las posibilidades respectivas, en cada situación.

En definitiva, Daniels trata de mantener un justo equilibrio entre las cargas, sobre la base de que una y la misma persona pueda tener acceso diferente a distintos recursos a través de las diversas etapas de su existencia.

MI PROPIA POSICIÓN

Puedo esquematizarla en los puntos siguientes:

a) Sólo hay una clase de personas humanas que no tienen deberes, sino derechos. A esta clase pertenece todo *nasciturus* y todo niño de muy corta edad y, en lo referente a los deberes en materia económica, todo hombre que no posea la capacidad de cumplirlos (por carecer de los medios materiales necesarios o por alguna rémora o perturbación de índole psíquica).

b) Los miembros de los demás sectores sociales tienen mutuos deberes y derechos, además de las obligaciones que moralmente les afectan en relación con quienes pertenecen al único grupo que sólo tiene derechos.

c) Considerando el problema desde la perspectiva de la situación de los ancianos, se han de reconocer derechos y deberes. Los primeros se centran en el derecho a un decoroso nivel de vida material y espiritual. Lógicamente, ello plantea problemas económicos cuya solución, atendiendo a las concretas circunstancias, es competencia de los economistas y de los gobernantes, no de los filósofos, ni tampoco de los teólogos. Lo que tanto los filósofos como los teólogos pueden y deben hacer en este asunto es dejar bien sentado que el derecho fundamental de los ancianos, el concerniente a un decoroso nivel de vida material y espiritual, tiene su razón más esencial en la dignidad de la persona humana, no en lo que los ancianos, cuando no lo eran, hubieran hecho en beneficio de su prole, lo cual les confiere, sin duda, un derecho sobreañadido al basado en la dignidad personal de todo hombre.

También se enlazan con la dignidad de la persona humana las obligaciones de los ancianos, así como las de todos los hombres que estén en condiciones de cumplirlas. No es que el deber sea inseparable de la dignidad de la persona, puesto que Dios es persona y no es sujeto de ningún deber u obligación. Los que atañen a las personas humanas les afectan en calidad precisamente de humanas, y no tan sólo por su índole de personas. Pues bien, los deberes correspondientes a la personal dignidad humana de los ancianos se cifran en la ayuda que éstos puedan prestar, según sus capacidades y recursos, en tres ámbitos: el de la prudencia política, el de la actividad laboral habitualmente ejercida en su vida anterior y el de la familia.

La ayuda que los ancianos pueden prestar en el ámbito de la prudencia política es exclusivamente la de quienes han desempeñado cargos públicos en distintos niveles, incluido el municipal o local. Pero una experiencia vital de la cosa pública la han tenido también, aunque de otro modo, los ancianos que no han ocupado ningún cargo político; y la transmisión de esa experiencia es posible de muy diversas formas, todas ellas encaminadas, por la vía principalmente del consejo, a evitar la repetición de pasados errores y a conservar despierta la memoria de los aciertos.

En el ámbito de la actividad laboral habitualmente desempeñada en su vida anterior, los ancianos pueden, con su experiencia, resultar útiles, valiéndose de sus orientaciones y consejos, tanto negativos como positivos, a quienes ejercen esa misma actividad. Las innovaciones de las técnicas no hacen, por principio, inútiles las enseñanzas de los ancianos, en especial las de los más inteligentes y avisados. Dentro de las empresas, si los mejores servicios de las personas de avanzada edad son los que tienen que ver con el gobierno y la estrategia general de la producción y del comercio, entonces se ha de reconocer que, desde luego, no pueden ser muchas esas personas.

Es, por el contrario, muy abundante el número de los ancianos que pueden prestar una valiosa ayuda dentro del ámbito de la familia. En este espacio los servicios de los abuelos están siendo, en efecto, aprovechados y reconocidos con creciente frecuencia, y hasta con buenas muestras de agradecimiento, por un considerable número de padres. La expresión «servicio de calidad», utilizada para referirse al que en su propia familia pueden llevar a cabo los abuelos atendiendo a sus nietos, es un fidedigno testimonio de lo que acabo de decir. A este testimonio quiero añadirle otro menos «popular», pero igualmente significativo, y ciertamente muy autorizado:

•En nuestras sociedades los abuelos prestan servicios especiales de cuidados de los niños, lo que permite a la generación de los padres ser económicamente productiva. Cuando la enfermedad u otra tragedia deja a los padres incapacitados para cuidar a los hijos, los abuelos (sobre todo, las abuelas) a menudo prestan el cuidado y apoyo multigeneracional esencial (...) Es importante señalar que en todas estas situaciones las personas de edad casi siempre están dispuestas a prestar ayuda, y sacrifican lo que pudiera ser mejor para ellos por el bien de la generación más joven (cfr. el ya antes citado *Boletín sobre el envejecimiento*, núms. 2 y 3, año 1997, pág. 12).

EL ENFOQUE ETIOLÓGICO

Ante todo, se hace necesario distinguir entre síntomas y causas, ya que lo decisivo es la denuncia de éstas como factores determinantes de los malos efectos del envejecimiento demográfico. Pero la noción misma de la causa no parece tener muy buena prensa en algunos cultivadores de las ciencias empíricas, merecedores, no obstante, del mayor respeto por la seriedad con que llevan a cabo sus descripciones y análisis. Recordemos ahora que el origen de la más radical descalificación del concepto de causa está en David Hume, y no olvidemos que su crítica a este concepto es comprensible, aunque sólo muy parcialmente, como una reacción frente a los abusos del etiologismo. En definitiva, esta crítica pierde toda su fuerza aparente cuando se considera que su explicación de la génesis de la idea de causa incurre en contradicción al sostener que esta idea proviene del hábito de observar que a un determinado fenómeno le sucede otro. Patentemente, el hábito en cuestión sería entonces la causa de la noción de causa. Y no es cierto, por lo demás, que a todo fenómeno, al cual sucede regularmente otro, lo consideremos como causa de ese que viene tras él. Ningún filósofo ha sostenido, por ejemplo, que el día sea la causa de la noche, o que la noche sea la causa del día. Y los lógicos denunciaron, hace ya muchos siglos, la falacia del *post hoc, ergo propter hoc*.

Discúlpese el inciso que acabo de cerrar, dedicado a la validez de la noción de causa. Convenía hacerlo porque ni tan siquiera puede tener un mínimo sentido la cuestión de cómo poner remedio a los males que se presentan con el envejecimiento demográfico si éste no es concebible como resultado o consecuencia de algo, es decir, como un cierto efecto que, en cuanto tal, presupone necesariamente alguna causa. Y aquí no entiendo por causa algo transfenoménico en virtud de su propia esencia, sino, de un modo enteramente general, aquello de lo que algo procede con *dependencia* real en su ser.

En la ya mencionada *Revisión 1998* que la Organización de las Naciones Unidas publicó sobre estimaciones y proyecciones de la población mundial, se hacen estas afirmaciones:

«La caída de la fertilidad es la única causa (*the only cause*) del aumento de la aceleración negativa de la población mundial, y es la razón principal del envejecimiento de la población, si bien su impacto varía a través de las regiones y comarcas, dependiendo esencialmente (*depending essentially*) de la amplitud y la profundidad de las transiciones demográficas» (pág. 24 del citado informe).

Adviértase el uso expreso que de la «causa» se hace en el documento de la ONU, donde aparece considerada como única al aplicarla, en concreto, al descenso de la fertilidad, del cual procede el aumento de la aceleración negativa de la población total del mundo. También debe tenerse en cuenta que en el mismo párrafo del citado documento de la ONU la *principal razón* del envejecimiento demográfico está puesta en la caída de la natalidad, lo cual, en definitiva, equivale a decir que esa caída es la más importante causa de ese mismo envejecimiento (entendiendo por causa de él todo aquello que lo origina o produce).

«El aumento relativo de la longevidad de nuestra sociedad se debe —afirma el profesor Segovia de Arana— a la disminución progresiva de la fecundidad, que se ha originado en los últimos años y que ha ido reduciendo el número de niños y de jóvenes, de tal modo que de forma relativa ha crecido el número de personas ancianas» (cfr. *Biosociología del envejecimiento demográfico*, Discurso de Ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pág. 26).

Y también incluye Segovia de Arana la noción de «causa más importante», según se ve cuando señala que «en España la causa más importante que ha influido sobre el envejecimiento de la población ha sido, como ya se ha indicado, la fuerte disminución de la fecundidad» (*op. cit.*, pág. 28).

Y, a su vez, ¿cuál es la causa —o cuáles son las causas— de la disminución de la fertilidad?

La respuesta meramente biológica a esta pregunta quedó ya descalificada cuando antes se efectuó el análisis lógico del concepto de envejecimiento demográfico. Hubimos entonces de atenernos al hecho de la permanencia biológica de la fecundidad del varón y de la mujer: una permanencia inmune a las variaciones meramente biológicas. Por consiguiente, la etiología de la caída de la fecundidad debe ser de otra índole.

Los resultados de la encuesta sobre «Fecundidad y familia», del Consejo Superior en Investigaciones Científicas, incluyen dos tipos de causas del descenso de la fecundidad: las de carácter socioeconómico y las que son transformaciones mentales en el modelo de la familia. Las causas socioeconómicas aparecen con-

centradas en el aplazamiento del matrimonio, consecuencia de la mayor duración de los estudios, la tardía incorporación al mundo laboral, la precariedad dentro de este mismo mundo y, por efecto de ella, la dificultad del acceso a la vivienda. Pero ¿acaso el aplazamiento del matrimonio es también un aplazamiento del uso de la sexualidad? ¿Y es el matrimonio una condición fáctica para poder tener hijos?

Por lo que se refiere a las transformaciones mentales en el modelo de la familia, se consignan en la encuesta el deseo de procurar a los hijos una educación más esmerada y la persistente desigualdad en el reparto de las tareas de la crianza. Frente a lo primero, nos encontramos con el hecho de que no siempre se logra una educación más esmerada de los hijos reduciendo su número, y no son raros los casos en los que acontece justamente lo contrario. Tampoco es infrecuente que unos padres dotados de suficientes recursos para atender a las necesidades económicas de la educación de una abundante prole tengan deliberadamente pocos hijos (que esta escasa fecundidad sea deliberada es cosa lógicamente inferible de la justificación que de ella hacen sus mismos protagonistas, al alegar precisamente su deseo de procurar para sus hijos la más esmerada educación).

En lo tocante a la persistencia de la desigualdad en el reparto de las tareas de la crianza, hay que decir que no cabe considerarla como una buena razón, ya que tal persistencia implica bien obviamente que esa desigualdad existía cuando el envejecimiento de la población española no sólo no era un hecho todavía, sino que estaba muy lejos de llegar a serlo.

Tanto en España como fuera de España, la más cierta razón de la caída de la fecundidad estriba en la intencionalidad y la frecuencia con que el uso del sexo es disociado de su función procreadora. Los medios para lograr esta separación suelen ser las prácticas abortivas y los recursos anticonceptivos, fomentados —y, en ocasiones, impuestos— desde las alturas del poder estatal.

En referencia al caso de la presión gubernamental en Estados Unidos, denuncia J. Kasun:

«Las raíces de la planificación familiar gubernamental han profundizado, con una maraña de ramas entrelazadas en los programas públicos. El intrincado complejo de poder y dinero, alimentado por un flujo anual de cientos de millones de dólares en subvenciones federales, no sólo soporta los programas de población, sino que financia las presiones políticas que aseguran su continuidad (...) El requerimiento inicial del Presidente Johnson (...) ha sido desde hace mucho tiempo suplantado por una agenda de motivación para tener menos niños, eufemismo de las presiones psicológicas y económicas, tan fuertes que alcanzan la coacción. La palabra es dura (...), pero es la más honesta para retratar la educación

sexual en las escuelas y los programas de embarazo adolescente adoptados por el Departamento de Salud y Servicios Humanos para uso en los Estados Unidos», pág. 21 del arriba citado libro *La guerra contra la población*.

¿Y para qué hablar de las esterilizaciones forzosas, tan difíciles de creer como innegablemente reales en toda su radical brutalidad? Pero, aún limitándonos a la intervención de los gobernantes en favor del uso de los preservativos (los cuales son también anticonceptivos), debe reconocerse la oportunidad de estas afirmaciones de G. F. Dumont:

«Si analizamos los anuncios publicitarios costeados por el Estado, y que (...) sirven para engrosar las arcas de algunas empresas parafarmacéuticas, podríamos preguntarnos si esta civilización (...) no debería llamarse la civilización de la goma. En junio de 1990, en las estaciones de tren francesas, se pudo ver un cartel publicitario, sin firmas, en el que aparecían dos jóvenes adolescentes tumbadas en la playa, abrazadas a otro joven. El único mensaje que dicha publicidad transmitía era el siguiente: Los preservativos os desean felices vacaciones» (cfr. páginas. 120-121 del antes mencionado libro que lleva por título *El festín de Cronos*).

CONCLUSIÓN

La más honda raíz del problema del envejecimiento demográfico tiene un signo negativo esencialmente ético: la mentalidad hedonista, que es lo que, en definitiva, hace posible el irresponsable uso del sexo. Los «progresistas» de nuestra época pueden con toda razón ufanarse de haber dejado a Epicuro convertido en un pobre diablo del placer. Porque es el caso que Epicuro creía que no todos los inconvenientes evitables deben ser evitados, por haber algunos de tal índole (*v. gr.*, el dolor por la muerte de una persona querida) que la pretensión de excluirlos es moralmente indigna. En cambio, los hedonistas actuales han «progresado» tanto que se complacen en evitar las molestas responsabilidades que el recto uso de la sexualidad pueda llevar consigo.

Naturalmente, la crítica que acabo de hacer no es aplicable en general, y en la misma medida, a todos cuantos impiden las virtualidades procreadoras del ejercicio de la sexualidad. La crítica se dirige frontalmente a quienes siembran la confusión en este asunto —sean o no sean gobernantes—, incurriendo en una culpable ignorancia, cuando no en el desprecio, de los datos que impugnan los sofísticos argumentos favorables a la reducción de la natalidad.